

DE LA LECTURA COMO EXPERIENCIA DE FORMACIÓN INTEGRAL

*Lo primero para educar a otros
es haber vivido antes que ellos*

Savater

Bertha Ligia Díez M.^a

Al finalizar mis estudios de posgrado en educación con énfasis en lectura y escritura, aprovecho —en palabras del doctor Rafael Campo— *el momento de la cosecha*, para recoger fragmentos de experiencia de lo que, hasta hoy, ha sido mi propio aprendizaje y familiarización con el tema de la lectura y compartirlos con mis colegas actuales y futuros; a la vez, se los presento a los docentes como propuesta práctica para pensar la transformación cotidiana de nuestro tradicional modo de enseñar, con la intención de que no sólo tenga alcance pedagógico, sino también, y sobre todo, formativo. Pues soy de quienes sostienen que se debe brindar y apoyar cualquier intento por lograr la formación integral de nuestros alumnos, siempre y cuando ese intento sea serio y responda a criterios concretos y viables, máxime si tenemos en cuenta que en nuestra Universidad de Antioquia y por supuesto en nuestra Facultad de Enfermería, la calidad de la educación es objeto de preocupación y análisis.

Aunque no voy a abordar el tema de la calidad de la educación en este trabajo, pues rebasaría mis propósitos, cabe mencionarse que, no obstante siendo este concepto ambiguo e impreciso, por cuanto unas veces se ha pensado desde el proceso de aprendizaje y otras desde los logros o resultados por ejemplo, considero que la calidad de la educación está directamente relacionada con la formación integral del individuo.

Desde esta perspectiva quiero referirme a la formación integral como: aquel proceso que le asegura al individuo tanto la adquisición de elevadas convicciones y la plena conciencia de sus deberes de ciudadano, como una sólida preparación académica que le permita desarrollar todo su potencial investigativo, su imaginación y su sensibilidad. Con todo esto debe ser capaz de

^a Profesora asistente. Facultad de Enfermería, Universidad de Antioquia Magister en Educación. Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de Medellín.

resolver, de manera independiente, creadora y eficaz, los problemas que se presenten en su esfera de actuación tanto personal como profesional.

Con esta convicción intento demostrar cómo, en mi caso personal, la lectura ha sido una experiencia de formación integral, en tanto ha ejercido una acción directa sobre lo cognoscitivo, afectivo y, muy especialmente, sobre mis habilidades psicolingüísticas básicas (pensar, hablar, escuchar, leer y escribir) indispensables para adquirir una forma correcta de comunicarnos y buscar nuevos medios de expresión que permitan actuar y afrontar cualquier situación y, por ende, lograr nuestra autonomía.¹

Cabe rescatar la posición de J. Habermas, para quien la acción comunicativa es prioritaria en la tarea de educar y, además, sostiene que la formación es un proceso de aprendizaje que le permite a las personas adquirir las competencias necesarias para interactuar;² asunto éste que se torna más sensible tratándose de nuestra profesión de enfermería, por cuanto nos acerca a la dinámica comunicativa de comprender y analizar la realidad social de nuestros pacientes y sus familias como una manera de aprehender el mundo, sus experiencias y sus significados para reconstruirlos.

Por otra parte, las carencias de los que enseñamos disminuyen las posibilidades de desarrollo de nuestros alumnos; en el caso de la lectura, por ejemplo, el hábito resulta, en parte, de la acción instructiva y la promoción que de ésta hagan los maestros, de no hacerlo puede suceder lo que con algunos profesionales de enfermería: casi todos embebidos en su trabajo, en la atención del paciente y en la lectura de temas únicamente relacionados con la salud, sin la posibilidad de sumergirse en una atmósfera lúdica a través de la lectura creativa. Un comentario en una conversación reciente con una colega, exhibe esta apreciación: difícilmente a uno le queda tiempo para leer lo de su profesión.

Además, creo tener la razón cuando pienso que las carencias o dificultades de nuestros alumnos en sus habilidades comunicativas como la escritura de los registros clínicos y trabajos académicos, la dificultad para expresarse oralmente, radican en sus precarios métodos de lectura.

Consciente de lo anterior y con la idea de que: *la educación no es una fatalidad irreversible y cualquiera puede reponerse de lo malo que había en la suya*, como lo dice Savater en su último texto *Cómo educar en valores*, me propongo, al compartir esta vivencia, estimular sin tregua en todos mis colegas la voluntad de cambio, e incentivar las actividades comunicativas de nuestros estudiantes a partir de la lectura: virtud que deben cultivar todos los profesionales.

Parto de la consideración de que la lectura es una práctica obligada para todos aquellos que estamos inmersos en el mundo de la academia; primordialmente para el maestro quien debe ser protagonista de primera fila en la construcción de una nueva sociedad, haciendo que los demás vayan detrás, listos a estructurar una mente crítica, abierta, que los capacite para ejercer responsablemente su profesión.

Para empezar con mi experiencia, me referiré a la dimensión anecdótica que, como toda vivencia personal, tuvo para mí el descubrimiento de la lectura. En primer lugar, y la idea es de Daniel Pennac, me sentía casi asfixiada junto al mudo grosor del libro. Se me hacía casi imposible abarcar en tan corto tiempo (una semana) el texto o los textos propuestos para la sesión; frente a

estos me sentía intimidada, máxime, cuando al intentar su lectura, algunos aparecían abstractos y generales; eran un verdadero asalto a mi experiencia y capacidad lectoras; mi impotencia era cada vez mayor y la intención de hacerlo no bastaba.

En segundo lugar, debo admitir que pocas veces había penetrado textos de tanta hondura conceptual como los exigidos en la maestría, de insignes pensadores de la educación como Montaigne, Rousseau, Kant, Berthrand Russell y otros más. Sus códigos lingüísticos no eran de mi total conocimiento y el diccionario no me servía para aclarar las dudas; en otras palabras no entendía lo que leía. Además, el acto de leer me suscitaba una serie de dudas y vacíos, y el carecer de los elementos para colmarlos lo volvía cada vez más angustioso y fatigante y, lo peor, no lograba interpretar y menos aún concluir algo sobre lo leído. No poseía las competencias gramaticales necesarias para compartir las reglas o convenciones semánticas empleadas por los autores, condición clave para enfrentar satisfactoriamente la lectura, darle sentido y volverla inteligible.

De cuanto vengo diciendo se deduce que mis conceptos acerca del acto de leer eran precarios, la lectura no estaba sistematizada en la formación que recibí, manteniéndome a una distancia respetuosa de los libros, privándome del placer de leer. Sinceramente, mi lectura había estado supeditada a lo necesario para cumplir con las exigencias de mi ser como profesional y como docente, era una lectura mecánica y obligada. Las obras de corte filosófico, por ejemplo, estaban proscritas para mí, como si el proyecto mismo de la filosofía pudiera desligarse de los asuntos que tienen que ver con la pedagogía, desconociendo que aquella encierra todos los elementos que tienen que ver de cerca con la educación como la vida, el hombre, los valores, la religión y la técnica entre otros, y que, por consiguiente, la filosofía concierne a todos los seres humanos, muy especialmente a aquellos que tenemos la tarea de educar.

Pero todo cambió sustancialmente al adquirir las herramientas conceptuales y metodológicas para emprender el trabajo de leer. Estas también me impulsaron a correr riesgos, a desprenderme de los libros obligados para sumergirme en el dulce encanto de la lectura creativa, lúdica y formativa, haciendo que me olvidara de las tergiversaciones en que había sido formada.

No trato, sin embargo, de afirmar que existen fórmulas o recetas para aprender a leer. El poder de resolución de la lectura es progresivo; a leer se aprende leyendo, como también se llega a ser lector a través de la mimesis —disposición que debemos aprovechar los maestros con nuestros estudiantes— teniendo en cuenta que los modelos no existen *per se*; estos modelos se hacen con intencionalidad y mucha dedicación. No obstante, siendo moderada en mis apreciaciones y sin ningún afán de dogmatizar, opino que estas herramientas, más que un instrumento, han sido la brújula que ha dirigido mi trabajo de lectura, en el cual el énfasis se ha hecho en el trabajo de pensar, para establecer lo esencial, para acercarme a una reconstrucción textual de lo leído. A la vez, considero dichas herramientas como un sistema que me ha procurado cierta economía en esta actividad, la cual obviamente, consume tiempo y, aunque muchas de las lecturas nos deparan un gran placer, veo la necesidad de idearnos un sistema ahorrativo, un atajo que facilite y agilice esta labor. En este sentido quiero enunciar algunas herramientas, segura de su utilidad y de la reflexión que pueden suscitar en todos aquellos que deseen navegar por el fascinante mar de la lectura.

En primera instancia, la lectura debe mirarse como una actividad placentera, como un goce, para que sea significativa y permita contemplar con deleite el panorama que ofrece. Los libros son buenos y generosos, *se dejan recorrer por los ojos de los hombres, sin ocultar las maravillas escritas en sus páginas; éstas se abren como flores, se ofrecen como selvas, se regalan como países.*⁴ Es menester no darle mucha solemnidad, sino volver esta actividad un juego, sin coartar la aventura de leer; que el acto de leer genere una atmósfera especial donde todo ser humano encuentre una forma de felicidad. Para Borges, por ejemplo, *el libro es una de las posibilidades de felicidad que tienen los hombres*, como también lo fue para Montaigne, nos cuenta el mismo Borges en su disertación sobre "El libro". En mi opinión, es ésta la forma más fácil y amorosa de aceptar el libro y la lectura como una parte necesaria y deseable de la vida cotidiana; es por placer como se experimenta con más fuerza la emoción estética de lo que leemos.

Pero antes de seguir adelante debo considerar la importancia que para efectos del placer, tiene la escogencia de los textos que pretendemos leer y aunque decir a las gentes lo que deben leer es generalmente inútil, por cuanto la apreciación literaria es asunto de temperamentos, de gustos, y no de enseñanzas, me atrevo a insistir en que la preferencia natural sea por los buenos libros, dejarse invadir por escritores buenos que desarrollen en el lector capacidad de asombro; cuantos más autores buenos lee uno, menos tolerante se hace a cualquier tipo de lectura. Lo ideal es seleccionar obras cuya temática esté inmersa en el contexto donde va a ser leída, escritos que sugieran al lector, que lo desafíen, que le garanticen que no pasarán sin dejar huella. Es preciso entonces, evitar todos aquellos textos obvios, fáciles, que no le dan la posibilidad a quien los lee de ejercitarse en el trabajo de pensar y menos aún de despertar su impulso generador y de producir placer.

Segundo, un buen aprestamiento para la lectura consiste en hacer una revisión preliminar del texto o, lo que es lo mismo, una ojeada global y así determinar su contenido, la forma como está organizado, los títulos y subtítulos, los párrafos. Con esto establecer prioridades al emprender la tarea de leer, subrayando las ideas claves, resaltando ideas secundarias, extrayendo palabras nuevas o desconocidas para luego dedicarse al trabajo pensante de interpretación y conclusión de lo leído, es decir, a la producción de sentido, fin último y primordial del acto de leer.

En tercer lugar, si volvemos atrás nos damos cuenta de cómo el trabajo de interpretación y construcción de sentido se torna fundamental en el acto de la lectura, contradiciendo un poco a Blanchot, quien le enseñó a Deleuze que: *leer nada tiene que ver con interpretar sino con crear*, la interpretación le da el significado a lo que se lee y sienta las bases para crear el sentido que subyace a lo entendido;⁴ dicho de otra manera: leer es producir significado, es atreverse a adivinar, es un trabajo que implica hacer hipótesis sucesivas para poder recrear el texto.

Ahora bien, el proceso de *reconstrucción* del significado es un proceso personal, como lo es el acto de leer. Se lee de acuerdo con los parámetros culturales e intelectuales; en otras palabras, el sentido de lo que leemos está en estrecha relación con, lo que Eco llama, la enciclopedia del lector. En la lectura se filtran los prejuicios de quien la hace, y los efectos de sentido que produce el texto son al estilo de cada lector, pues dependen de su afectividad, estado de ánimo y actitudes, razón por la cual nunca se dan ideas finales o concluyentes y cada vez que se lee se hacen construcciones diferentes.

De otro lado, el sentido del texto no sólo se da con un referente, se logra en un proceso en el cual interactúan el autor, el texto y el lector, donde éste debe ser siempre, y en todos los casos, un interlocutor si quiere crear sentido. Para afinar lo anterior, enunció las palabras de Didier Álvarez, bibliotecólogo con amplia experiencia acerca de la promoción de la lectura: *el lector construye el sentido en íntima interacción con el texto y con el contexto en que lee*, y agrega, *por eso es claro que en la lectura lo que se lee no está sólo en el texto...* también está en las experiencias acumuladas del lector.

Pero hay más: para encontrar el sentido no basta con leer, hay que releer, esto es, leer en detalle para mantener el hilo conductor del texto, el cual considero crucial para la comprensión; además, porque el lector tiene siempre la necesidad de reencontrarse con las ideas y los conceptos que alguna vez lo conmovieron, y al hacerlo genera el sentido, la interpretación y reinterpretación de la obra; es decir se consuma, en mi opinión, la comprensión de lo leído.

En cuarto y último lugar, debo referirme al diccionario como herramienta indispensable en el trabajo de leer. Este además de explicar el significado y origen de las palabras, permite, entre otros beneficios, identificar sinónimos y antónimos. Por estas razones *hay que usarlo cotidianamente, no sólo cuando se tengan dudas ortográficas; al diccionario debemos ir, la mayoría de las veces, con curiosidad, como si fuera un vasto país de fantasías*, si queremos, de veras, habitar el texto.⁷

Ahora veamos los efectos que, como ya indiqué, no se hicieron esperar y aunque son sólo un peldaño en un proceso que nunca se acaba, porque se aprende a leer durante toda la vida: es mucho lo que puedo decir acerca de éstos y su relación con mi formación; pues hay lecturas que cambian el estado mental, físico y espiritual; son como una *fuerza de misteriosas posibilidades interiores*, que a pesar de ser una experiencia extenuante, de combate, capaz de crear dilemas y sufrimientos, las considero un logro que me acerca a la integralidad. A continuación haré algunas consideraciones al respecto.

En la esfera de lo afectivo y de lo crítico. El encuentro, a través de la lectura, con otras corrientes de vida y de pensamiento, afines para mí desde lo afectivo, me dio la posibilidad de descubrirme a mi misma y conocerme un poco más al reflexionar sobre mi propia experiencia; además, me mostró nuevas y provechosas razones para pensar, para vivir con una conciencia nueva como, por ejemplo, en momentos en los que me encontré en laberintos de intensa soledad.

De otro lado, el acto de leer me ha llevado a construir conceptos más sobrios y sistematizados que me permiten discernir y emitir juicios más sensatos sobre cualquier situación. Estas experiencias hacen que cada vez aspire a más y mejores libros que, al leerlos, me lleven a darle sentido a las diversas prácticas de la vida cotidiana. El dar sentido y significado a nuestra propia experiencia pasa casi siempre por la crítica que hacemos de los sentidos y los sinsentidos de los demás, claro está, con una mirada transformadora.

Desde lo recreativo. El haber desarrollado el gusto por la lectura me provoca un gran placer por todo aquello que me proporciona información o que sea de mi interés por su temática y su pertinencia con el contexto. Leer es para mí una práctica lúdica, es como un manantial de

vida, igual que es para las abejas el recoger la miel de las flores: es como una cantera de alegría y descanso.

Desde lo creativo. Este proceso ha servido de acicate a mi creatividad, cuando al leer creo y *re-creo* imágenes estimuladoras de pensamiento que me conducen a aplicar mis propios códigos interpretativos, como no lo había hecho nunca. Por medio de la lectura he accedido a insospechados mundos que me sacan de la rutina y de las presiones de la cotidianidad, he desarrollado mi intuición, he empezado a hacer realidad algunos sueños como lo fuera para mí el trabajo de escribir, he podido sentir cómo el dinamismo de la lectura promueve la escritura, importante posibilidad de crear. Es a través de la lectura que se llega a la originalidad e innovación, creando y recreando universos, con el elemento fundamental de la palabra.

En la esfera de lo cognoscitivo, científico y cultural. El poder de la lectura es incuestionable cuando pienso en las muchas áreas del saber que, por su mediación, he podido permear y explorar en el bagaje que poco a poco voy sumando a mi patrimonio cultural. Cada encuentro con la lectura es una oportunidad para estimular en mi procesos de pensamiento que en la mayoría de las veces, me obligan a seguir indagando para buscar nuevas y más profundas interpretaciones mediante el escrutinio cuidadoso de cada una de las partes del texto. En este sentido, considero que la lectura ha sido, para mí, exploración; un ejercicio que me permite comprender lo que me rodea a la vez que estimula mi desarrollo y cultivo intelectual.

Con respecto a los logros en mis habilidades comunicativas. Debo admitir (ya que estoy confesando mis secretos) que han sido los más significativos como estrategia de autoformación en tanto puedo expresarme, no sólo a través de la oratoria sino también en la escritura con más claridad, precisión y propiedad, privilegio que siempre miré como difícil de alcanzar. Además, deseo subrayar, como mi gran conquista, el atreverme a escribir, y vencer el temor de la palabra escrita que, como lo expresaba antes, era una actividad que sólo estaba en mis realizaciones oníricas.

Por otra parte, la lectura habitual ha fortalecido mis destrezas para escuchar, al mejorar también mi rango de concentración y de atención. De igual forma ha hecho que me familiarice con estructuras gramaticales cada vez más variadas y complejas que facilitan el uso y manejo del lenguaje.

Finalmente, si hacemos una recapitulación de todo lo anterior, podemos develar el carácter formativo de mi experiencia de lectura que, aunque parezca muy obvia (pues todo está dicho acerca de sus bondades y decir algo original al respecto sería decir simplemente lo que todos quienes han vivido la experiencia de leer ya conocen) deseo rescatar el significado personal, ese aprender a encontrarme con el otro a través del libro, me ha llevado a encontrarme en forma auténtica conmigo misma en una actitud reflexiva, cuestionadora y crítica que además, me estimula el acceso a textos cada vez más complejos y que, considero, está ligado a mi proceso de maduración. Reitero la lectura como una fuente creativa para la formación integral de la persona, formación que se funda en una práctica de lectura pensante, analítica, rigurosa y provista de sentido. Mirándolo así y parafraseando a Hernando García Mejía, la lectura es un manantial de posibilidades y de claras y encumbradas virtudes.

Referencias bibliográficas

1. Álvarez D. La promoción de la lectura como práctica socio-cultural. *Revista Interamericana de Bibliotecología* 1997;20(1):52.
2. Gil M. Eticidad, valores sociales y educación. *Revista Perfiles Educativos* 1997, XIV(75):74.
3. Gutiérrez R. *De los libros y la lectura*. Medellín: Publicaciones especiales, Biblioteca Pública Piloto; 1990:10.
4. Naranjo JA. *Deleuze*, Medellín: Biblioteca Pública Piloto; 1996:27.

Bibliografía

- Barthes R. *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires: contemporáneo; 1970.
- Barthes R. *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Ed. Paidós; 1987.
- Borges JL. El libro. *Leer y releer* No. 18. 1998;18.
- Castañeda LS, Henao JL. *La lectura en la universidad*. Medellín: Ed. Universidad de Antioquia; 1995:48.
- Colinas A. El sentido primero de la palabra poética. *La Biblioteca Informa* 1990;19.
- Eco U. *Lector in Fábula*. Barcelona: Ed. Lumen; 1993.
- Gadamer HG. ¿Qué debe saber el lector? En: *Poema y diálogo*. Barcelona: Ed. Gedisa; 1993.
- Garagalza L. *La interpretación de los símbolos. Hermenéutica y lenguaje en la filosofía actual*. Barcelona: Ed. Anthropos; 1990:206.
- Giusti RF. Los libros de cabecera. *La Biblioteca Informa* 1992;23.
- Gutiérrez R. De los libros y la lectura. En Biblioteca Piloto publicaciones especiales. Medellín: Biblioteca Pública Piloto; 1990: 28.
- Iser W. El acto de leer. Taurus. (Col, Persiles. No.176) Madrid, 1987.
- Jurado VF. La lectura: los movimientos interpretativos son movimientos evaluativos. *Revista Universidad del Valle*. 1997;16:87-110.
- Nabokov V. Buenos lectores y buenos escritores. En: *Curso de literatura europea*. Barcelona: Ed. Bru-guera; 1983.
- Saavedra CC. *De las palabras y su aroma*. Medellín: Educame, Secretaría de Educación y Cultura; 1997.
- Zuleta E. Sobre la lectura. *Revista Unaula* 1982;2:4-14.

Fecha de recepción: noviembre de 1999